

Noam Chomsky

Lo que decimos, se hace

Sobre el poder de Estados Unidos
en un mundo en cambio



Noam Chomsky
**Lo que decimos,
se hace**

Sobre el poder de Estados Unidos
en un mundo en cambio

Traducción de Carlos Fernández-Victorio

ediciones península

Título original:
What we say goes

© Aviva Chomsky y David Barramian, 2007
Derechos cedidos por Metropolitan Books,
Henry Holt and Company, LLC.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición en Península: septiembre de 2008
Primera edición en este formato: junio de 2014

© de la traducción: Carlos Fernández-Victorio, 2008

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2014
Ediciones Península
Pedro i Pons 9, 11ª pta
08034 - Barcelona
edicionesperinsula@planeta.es
www.edicionesperinsula.com

VÍCTOR IGUAL - fotocomposición
BOOK PRINT DIGITAL - impresión
DEPÓSITO LEGAL: B. 10.874-2014
ISBN: 978-84-9942-340-1

LO QUE DECIMOS, SE HACE

CAMBRIDGE, MASSACHUSETTS (10 DE FEBRERO DE 2006)

*James Traub escribe lo siguiente en The New York Times Magazine: «Por supuesto que ni los tratados ni las normas frenan a los delincuentes. La prohibición de agresión territorial contenida en la Carta de las Naciones Unidas no preocupó especialmente a Saddam Hussein cuando decidió anexionarse Kuwait por la fuerza». Luego añade: «Tratándose de intervenciones militares, Estados Unidos puede actuar por su cuenta y lo hace. Pero la diplomacia exige un frente unido».*¹

Como Traub sabe muy bien, Estados Unidos es uno de los principales estados que están fuera de la ley. No se siente en absoluto constreñido por la ley internacional y lo declara abiertamente. Lo que decimos, se hace. Estados Unidos invadió Irak a pesar de que esto constituye una violación fundamental de la Carta de las Naciones Unidas.

Si lo sabe, ¿por qué no lo escribe en el artículo?

Si lo escribiese entonces no sería un colaborador del diario *The New York Times*. Hay que acatar ciertas normas. En una sociedad bien dirigida, uno no dice lo que sabe. Dice lo que exige el sometimiento al poder.

Eso me recuerda a la historia del encuentro de Alejandro Magno con un pirata.

No sé si ocurrió de verdad, pero, en la versión de san Agustín, llevaron a un pirata ante Alejandro Magno y éste le preguntó: «¿Cómo osas perturbar los mares con tu piratería?». El pirata respondió: «¿Y tú cómo osas perturbar el mundo? Yo tengo un barco pequeño y por eso me llaman pirata. Tú tienes una gran armada y por eso te llaman emperador. Pero estás perturbando el mundo entero. En comparación, yo apenas causo ningún mal».² Es así. Al emperador se le permite perturbar el mundo pero al pirata se lo considera un criminal.

*En enero de 2006, Estados Unidos lanzó varios misiles contra Pakistán y causó la muerte de dieciocho civiles. Según un editorial de The New York Times, «los ataques estaban dirigidos legítimamente contra altos dirigentes fugitivos de Al Qaeda».*³

Eso es porque *The New York Times* está y siempre ha estado de acuerdo con que Estados Unidos opere al margen de la ley. Era previsible. Estados Unidos tiene derecho a emplear la violencia donde le plazca, ocurra lo que ocurra. Si nos equivocamos de blanco, decimos: «Lo siento, fue un error». Pero no debe restringirse el derecho de Estados Unidos a emplear la fuerza.

Al diario The Times y a otros medios de información liberales les preocupa que se vigile al ciudadano y se viole su intimidad. ¿Por qué esa preocupación por la ley no se amplía a la escena internacional?

En realidad, a los medios de comunicación, igual que a James Traub, les preocupa mucho que se infrinja el derecho internacional, esto es, cuando lo hace un enemigo. Su política es absolutamente coherente. Nunca deberíamos llamarla doble moral. Sigue un principio único: subordinación al poder. A los gobernantes les incomoda que los vigilen. No les gusta. Los poderosos no quieren que el Gran Hermano les lea el correo electrónico, así que, ciertamente, les molesta que los vigilen. Por otro lado, una violación flagrante del derecho internacional—lo que el Tribunal de Nuremberg llamaba «el crimen internacional supremo» que «contiene dentro de sí el mal acumulado de todos»—, por ejemplo la invasión de Irak, no parece que tenga nada de malo.⁴

Sobre esto hay un libro interesante e importante, que por supuesto ha recibido escasa atención, escrito por dos especialistas en derecho internacional, Howard Friel y Richard Falk. En *The Record of the Paper*, los autores se limitan a analizar la postura que adopta *The New York Times* en relación con el derecho internacional debido a la importancia de este diario.⁵ El resto de la prensa adopta una postura similar. Falk y Friel señalan que en esto los periódicos son perfectamente coherentes: si el enemigo infringe el derecho internacional, se lo acusa de haber cometido una gran injusticia. Pero si Estados Unidos hace algo, es como si no hubiese ocurrido. Un ejemplo que mencionan los autores son los setenta editoriales sobre Irak publicados entre el 11 de septiembre de 2001 y el 21 de marzo de 2003, fecha de la invasión de Irak. En ellos, nunca aparecen las expresiones «Carta de las Naciones Unidas»

y «derecho internacional».⁶ Esto no es nada extraño tratándose de un periódico que piensa que Estados Unidos debe sustraerse a la ley.

Martin Luther King hijo, en su discurso de la iglesia Riverside del 4 de abril de 1967, dijo: «Aun cuando sienten la exigencia de la verdad interior, los hombres no asumen fácilmente el deber de oponerse a la política de su gobierno, especialmente en tiempo de guerra».⁷ ¿Es eso verdad?

Uno percibe eso mismo dondequiera que mire. En Estados Unidos es evidente. No obstante, ¿estaba Estados Unidos «en guerra» en 1967? King insinúa que sí. Estaba en guerra de una manera inusual. Estaba atacando a otro país—de hecho, estaba atacando a toda Indochina—sin haber recibido ataque alguno. ¿Qué guerra era ésa? Se trataba, simple y llanamente, de una agresión.

Howard Zinn, en su discurso «The Problem Is Civil Obedience» («El problema es la obediencia civil»), sostiene que la desobediencia civil «no es el problema... Nuestro problema es la obediencia civil», el que la gente acate órdenes sin cuestionarlas. ¿Qué puede hacerse contra esto?»⁸

Howard tiene toda la razón. La obediencia y la subordinación al poder son el principal problema, no sólo aquí sino en todo el mundo. Dado el inmenso poder de nuestro estado, el problema es más preocupante aquí que, por ejemplo, en Luxemburgo. Pero se trata del mismo problema.

Tenemos modelos sobre cómo enfrentarnos a ello. Para empezar, se han dado casos en nuestra propia his-

toria. Asimismo, podemos aprender de lo que ha ocurrido en otras partes del continente americano. Por ejemplo, Bolivia y Haití han tenido elecciones democráticas de un tipo que ni siquiera podemos concebir en Estados Unidos. ¿Acaso en Bolivia los candidatos eran dos ricachones que habían estudiado en Yale, pertenecían a la Skull and Bones Society* y defendían programas electorales prácticamente iguales porque los financiaban las mismas empresas? No. El pueblo de Bolivia eligió a alguien de los suyos, Evo Morales. Eso es la democracia. En Haití, si Estados Unidos no hubiese expulsado del Caribe a Jean-Bertrand Aristide a principios de 2004, lo más probable es que éste hubiese salido reelegido. En Haití y Bolivia la gente aprovecha la oportunidad de participar en el sistema democrático. Aquí no. Eso es la obediencia. El tipo de desobediencia que necesitamos es la reconstrucción de una verdadera democracia. No es una idea muy radical.

Con la victoria de Evo Morales en Bolivia en diciembre de 2005 es la primera vez que un indígena es elegido para dirigir un país de Sudamérica.

El caso de Bolivia destaca especialmente porque la mayor parte de la población de este país es indígena. Sin

* Skull and Bones Society, también llamada Order of Skull and Bones, es una de las más antiguas sociedades secretas de estudiantes que existen en Estados Unidos. Fundada en 1832 en la Universidad de Yale, esta sociedad ha mantenido criterios de admisión restrictivos y rituales inspirados en la masonería. A ella pertenecen, entre otros, George W. Bush y John Kerry, los dos principales candidatos de las elecciones presidenciales de 2004 en las que fue reelegido George W. Bush. (N. del t.)

duda, los responsables estadounidenses de la planificación civil y militar están muy preocupados. No sólo se les está yendo de las manos Latinoamérica, sino que, por primera vez en la historia, las poblaciones indígenas están adquiriendo una enorme importancia en la vida política. También hay una elevada proporción de indígenas en Perú y Ecuador, países que producen mucha energía. Incluso hay grupos en Latinoamérica que reclaman la constitución de una nación india. Quieren tener el control de sus recursos. Algunos incluso se oponen a que se exploten esos recursos. Prefieren vivir a su manera, no desean que su sociedad y su cultura se destruyan para que los neoyorquinos puedan coger el coche y quedarse atrapados en un atasco. Todo esto supone un grave peligro para Estados Unidos. Y es democracia, democracia en funcionamiento, algo que hasta ahora no hemos querido permitir que se dé en nuestro país.

Pero no tenemos por qué resignarnos. Ha habido muchos momentos en la historia en que las fuerzas populares de Estados Unidos han provocado grandes cambios. Has mencionado a Martin Luther King. Él es el primero que te diría que no actuó solo. Era parte de un movimiento popular que obtuvo logros significativos. Se le reconoce el enorme mérito de haberse opuesto a los sheriffs racistas de Alabama. Eso es lo que se dice el Día de Martin Luther King. Sin embargo, cuando dirigió su atención hacia problemas como la pobreza y la guerra, fue duramente criticado. ¿Qué estaba haciendo cuando lo asesinaron? Estaba apoyando una huelga de los basureros de Memphis y planeando una Marcha de la Gente Pobre a Washington. No fue alabado por eso, ni tampoco por su oposición tibia

y tardía a la guerra de Vietnam. Al contrario, fue vituperado.⁹

Esto no es la indeterminación de la física cuántica. Es cierto que hay detalles y complejidades, y que es preciso reunir muchos datos y ordenarlos correctamente, pero las líneas generales son tan evidentes que habría que hacer un gran esfuerzo para no verlas.